

# Quejas, acusaciones y preguntas de una «madre terrible» a sus amados hijos

LUIS BLANCO

El libro de Christiane Collange, *«Yo, tu madre»*, es de los que ha hecho correr mucha más tinta por parte de comentaristas, pedagogos y progenitores preocupados, de la que la propia autora utilizó para escribirlo. No será la nuestra seguramente la última.

Aunque lo que en el libro se plantea es un caso que se sitúa al margen, o más bien fuera de la edad escolar, el de los padres que conviven con hijos en mayoría de edad o a punto de alcanzarla, las reflexiones de la autora resultan, cuando menos, premonitorias de una situación que se va haciendo cada día más frecuente y cuyos conflictos pudieran tener algunos de sus antecedentes en épocas más tempranas de la evolución de los hijos o del planteamiento de las relaciones familiares.

Por otra parte, ¿responden realmente esos hijos a las supuestas características de su edad o nos seguimos encontrando con los inmaduros adolescentes de siempre por lo que respecta a su sentido ético, su afectividad y su «ego» desbocado?

Por evidentes razones de espacio dividiremos este artículo en dos partes, aplazando la segunda entrega para un próximo número de P. y M.

## Carta a mi hijo

*«De pequeño gritabas, exigías, vociferabas, refunfuñabas, estabas mojado y sucio inmediatamente después de cambiarte, me despertabas en plena noche y nos impedías levantarnos tarde, me obligabas a prever catorce comidas por semana, rompías nuestra intimidad: en resumen, nos asfixiabas en nuestra vida de jóvenes adultos» (p. 55).*

Cuando nos encontramos con un párrafo como éste, nos creeríamos de nuevo ante alguno de los fragmentos de la carta, corregida y aumentada, de Franz Kafka a su padre. Efectivamente, el tono acusatorio que se desprende de este párrafo nos devuelve al lenguaje de la estremecedora requisitoria con que se despachó el escritor checo contra su temible, o más bien temido, progenitor. Y, sin embargo, estamos en las antípodas del caso. La que así escribe es una madre, Christiane Collange, dirigiéndose a sus hijos y aunque el libro (que muy bien hubiera podido titularse para seguir en la onda kafiiana «Carta a mi hijo») no rehuye alegatos como el que acabamos de citar, la autora intenta a todas luces un planteamiento que supere, en primer lugar, el mero nivel de las acusaciones para entrar en el del análisis, la autojustificación y el reparto de responsabilidades dentro de la difícil situación familiar.

*«Precisamente porque creo que lo que ocurre entre nosotros es un poco irreparable, bastante inútil y una gran lástima, precisamente porque espero sajar el absceso de nuestra incomunicación, analizando de manera objetiva —y también subjetiva, lo confieso— la situación, he tenido ganas de hacer inventario. Me ha apetecido poner un poco de orden en mi batiburrillo interior y mostrarte cómo funciona, cómo reacciona,*

*rie y llora, cómo vive ese extraño animal, esta curiosa máquina que te ha fabricado. Y ahora, y sin que sirva de precedente, no vamos a hablar de ti sino de mí.*

«Yo, tu madre» (1)





## La perplejidad de un punto de partida

¿En qué categoría de madre se me coloca a mí? se pregunta esta mujer que se declara feminista, divorciada y madre de familia numerosa (2) al comprobar que su «status» (madre con hijos mayores de 16 años) no aparece incluido entre las categorías de padres de las que se ocupan las encuestas, los sondeos y demás intereses en los medios de comunicación. Su pregunta se plantea a raíz de una encuesta de «L'Express» en la que bajo el título de «¿Qué clase de padres sois?» se cotejan opiniones de padres con opiniones de profesores, sociólogos y psicólogos. Con profunda decepción constata Christiane Collange (en adelante la citaremos Ch. C. que su caso no es que no tenga remedio sino que no se tiene en cuenta; es decir, que entre los padres con hijos de corta edad, los que tienen hijos en edad escolar y los que educan adolescentes, lo suyo no cuenta y que por tanto no se le van a facilitar ni opiniones ni consejos para resolver sus conflictos:

*«Y entonces ¿yo qué?, ¿dónde encajo?, ¿a nadie le interesa mi opinión?, ¿acaso mis interrogaciones, mis dudas, mis dificultades, mis responsabilidades, mis principios educativos, mis certezas y mis vacilaciones no presentan realmente interés alguno? (...) ¿Creeremos realmente que una vez alcanzada la mayoría de edad, nuestros hijos tomarán de la noche a la mañana las riendas de su destino y nos librarán de la carga de la educación?» (p. 25).*

El malestar de Ch. C. no proviene simplemente del olvido a que la relegan, como madre de «cuarta clase», los medios informativos sino de lo que ese olvido comporta de incongruencia dentro de un sistema de clasificación que pueda llamarse coherente. A lo largo del libro tratará de demostrarlo insistiendo en los aspectos de inmadurez, irresponsabilidad, infantilismo, etc. a que debe enfrentarse todavía en su convivencia con los hijos mayores de edad, es decir, en la necesidad de continuar en sus funciones de madre y de educadora, aunque esto último haya que entenderlo con todas las reservas. Por otra parte, ese «olvido» la ha privado de la oportunidad de ser orientada, o por lo menos aconsejada, debidamente por los profesionales de la psicología, la pedagogía, etc., colocándola ante un vacío de modelos referenciales:

*«Ya Toffler lo explica perfectamente en El shock del futuro y en La tercera ola: todas las dificultades de adaptación de los hombres y las mujeres modernos se deben al hecho de que han de enfrentarse a situaciones nuevas sin modelos establecidos de antemano, sin referencias previas, sin posibilidades de adecuarse a comportamientos homologados por generaciones anteriores. Así se explica mi stress materno: los jóvenes y nosotros vivimos una situación radicalmente moderna, la post-adolescencia» (p. 26).*

Pero a pesar de todo la pregunta continúa: ¿es entonces cierto que como madre no me queda otro remedio que aguantarme?

## ¿Un dudoso amor materno?

No es imprevisible que para muchos lectores, la declaración de principios de Ch. C., confesándose feminista, emancipada, divorciada, etc., actúe como un grave prejuicio a la hora de valorar sus actitudes ante el problema que se plantea. ¿No se tratará de una mujer con enormes ganas de tomarse un desquite de libertad para el resto de su vida y absolutamente desposeída de eso que llamamos amor materno? La autora necesitará previamente disipar esta sospecha y dedicar algunas páginas, a manera de pliego de descargos, al tema del amor y a las nuevas circunstancias o condiciones que posibilitan o matizan ese amor. Cuestiones como la de si las madres modernas quieren «más» o quieren «mejor» a sus hijos que las ma-

dres de antes, si las relaciones entre amor materno y deber materno son identificables, complementarias o tienen poco que ver una con otra, preceden a los capítulos más combativos del libro:

*«Seamos sinceros: si todo esto me preocupa tanto es porque te quiero. De lo contrario podría zanjarse más fácilmente y de un plumazo nuestros desacuerdos (...) Este cacareado amor de madre, que es fuerte como el instinto cuando los cachorros no saben ni beber ni andar, ¿podría acaso esfumarse cuando el ternero se convierte en novillo? ¿Podría incluso transformarse en agresividad, olvido, rechazo, cuando la frustración y la decepción se hacen demasiado importantes?» (p. 39).*

Aunque se sobreentiende, sin más, que la respuesta será negativa, Ch. C. trata de que el sentimiento instintivo del amor materno se vuelva reflexivo y procede para ello a la enumeración de algunos datos o cambios objetivos de la mentalidad y de la sociedad que posibilitarían en la familia moderna una mayor libertad, responsabilidad y mejora de calidad en la realización de ese amor con respecto a épocas anteriores:

*«Tres cambios fundamentales han intervenido en la condición materna —y paterna—, que han reforzado nuestros motivos para quererlos:*

### 1) La contracepción y la legalización del aborto

*Estas dos revolucionarias mejoras de nuestra libertad fisiológica nos han permitido hacer exclusivamente, o casi, los hijos que deseamos (...).*

### 2) La caída demográfica y la reducción del tamaño de la familia

*Todo lo que escasea es caro, y los hijos son cada vez más escasos (...).*

### 3) El alza general del nivel de vida

*La sociedad de consumo de la que hemos disfrutado ampliamente durante vuestra tierna infancia nos ha permitido criarlos sin tener que aceptar sacrificios demasiado penosos... y es más fácil ser tiernos y generosos cuando las necesidades básicas están aseguradas.» (p. 46).*

Sin duda, esta esquematización de las nuevas condiciones que posibilitan esa «otra calidad» del amor materno resultarán insuficientes y, por supuesto, discutibles para no pocos de los lectores. Y a su estudio y discusión las remitimos como trabajo grupal de la Escuela de Padres tal como se propone en el capítulo de actividades al final de este artículo.

## Yo, acuso

A partir, pues, de su «declaración de amor» a los hijos, Ch. C. parece dispuesta a no dejarse nada en el tintero o entre las teclas de la máquina de escribir. El punto de partida del conflicto viene expuesto, ya de entrada, en la frase editorial que acompaña en portada el título del libro y que dice así: «El problema de los hijos que, pasada la adolescencia, no abandonan el hogar».

Ahora bien, a medida que se avanza en la lectura el problema se plantea, en mi opinión, en los términos siguientes: no se trata en primer lugar de la resistencia de los hijos a desprenderse de la piel protectora de la casa sino de las inconsecuencias de su conducta una vez decididos (o de verse obligados) a permanecer en ella. ¿Sería idéntico el tono del libro, o mejor aún, se hubiera escrito este libro en caso de que los hijos (aun sin colocación, arrastrando los años de su carrera, etc.) hubieran aceptado un «modus convivendi» menos conflictivo del que parecen haber adoptado los hijos de Ch.C.? Se trata, por tanto, de un problema de convivencia y no sólo de la necesidad perentoria de que a una cierta edad los cachorros se emancipen y dejen de colgarse de las ubres de sus progenitores («Yo no soy una vaca lechera» escribe con desgarro en otro lugar).



Las requisitorias de Ch.C. insisten, en efecto, en el comportamiento inconsecuente de los hijos que no se van de casa y no aceptan, sin embargo, las leyes domésticas más elementales ni proceden con la madurez y responsabilidad correspondientes a su edad.

La prolongación excesiva de los años de estudio y la dificultad de colocación una vez acabada la carrera constituyen, sin duda, las razones más graves del conflicto. Por otra parte, la relativa juventud de los padres (ahora se envejece más despacio) sigue haciendo pensar a los hijos que están exentos de cualquier obligación para con unos papás que se conservan tan jóvenes y que, por el contrario, siguen siendo los papás los que deben mantener sus obligaciones para con unos hijos que no saben, no logran o no quieren emanciparse del hogar.

*«De hecho, el estar hasta las narices está cambiando de terreno. Ya no somos nosotros los que nos agarramos a vuestras zapatillas de deporte, sino vosotros los que os negáis a soltar nuestros mocasines» (p. 30).*

El tono en que va escrito este párrafo lo iremos reencontrando en la lista de acusaciones concretas que vendrán a continuación y cuyos items más importantes podrían ser los siguientes:

- Vuestros horarios/Nuestros horarios (p. 62).
- Vuestro desorden/Nuestro orden (págs. 57-59-60).
- Vuestra idea del dinero (derroche, métodos para sonsacarlo, trampas, el síndrome de «¿Tienes 1.000 pelas?») (págs. 71, 75).
- Nuestro uso/Vuestro abuso de nuestras propias cosas: el coche (71-72).
- Vuestro muro de silencio (p. 131). Vuestro lenguaje (p. 103).
- Vuestros chantajes (suicidio, droga). Nuestras angustias (págs. 31-34).
- Vuestro «machismo» (p. 68).
- Vuestro desaprovechamiento de las oportunidades y aun de revoluciones como la del 68 (págs. 101-103).
- Nuestra ética/¿Vuestra ética, (p. 111).
- Nuestro derecho a la independencia respecto de vosotros (págs. 136-137). Nada de ser una pobre mamá (págs. 140-141).
- etc...

A veces los intentos de reflexión o distanciamiento de lo candente del problema mediante el análisis, dejan paso a la más simple y directa de las formas de interpelación (véase recuadro)

Hasta aquí lo que me parece el planteamiento básico del texto de Christiane Collange. Aplazamos, como ya queda dicho, el comentario sobre otros aspectos del tema para un próximo número de «Padres y Maestros».

- (1) «Yo, tu madre». Christiane Collange. Seix Barral.
- (2) El libro se titula «Yo, tu madre» y no «Yo, vuestra madre» aunque esto último sería más correcto puesto que la autora tiene varios hijos y se dirige a todos ellos. El uso del singular le permite una mayor intimidad con cada uno: «no existe un vosotros colectivo cuando se intenta dialogar con un hijo» (p. 20).

*¿Por qué? Pero, vamos a ver, ¿por qué?*  
*¿Por qué no podéis nunca apagar la luz o cerrar la puerta cuando salís de una habitación?*  
*¿Por qué no volvéis a poner en su sitio el diccionario o el listín telefónico después de haberlos consultado?*  
*¿Por qué hacéis desaparecer regularmente los lápices, bolígrafos y cuadernos de notas que colocamos junto al teléfono o en la cocina para anotar los mensajes que no debemos olvidar y la lista de la compra?*  
*¿Por qué no cambiáis nunca el rollo de papel higiénico que se ha acabado, sin preocuparos del siguiente ocupante?*  
*¿Por qué dejáis tirados vuestras cazadoras y abrigos encima de los muebles en lugar de colgarlos de la percha?*  
*¿Por qué al desnudaros dejáis vuestra ropa por el suelo olvidando que os quejáis cuando está arrugada o hecha un asco?*  
*¿Por qué perdéis NUESTRAS gafas de sol o NUESTROS guantes de esquí, sin ni siquiera tomaros la molestia de avisarnos, de modo que nos demos cuenta de que NOS faltan en el momento en que los necesitamos?*  
*¿Por qué vuestro documento de identidad y pasaporte desaparecen con regularidad, junto al libro de familia, que os confiamos para que lo hagáis de nuevo?*  
*¿Por qué vaciáis el depósito de gasolina del coche el sábado por la noche, cuando lo cogemos para salir y las gasolineras están cerradas?*  
*¿Por qué olvidáis la llave del portal cuando volvéis a las dos de la madrugada, obligándonos a abrirnos justo en pleno sueño? (He pedido encarecidamente que este apartado fuera compuesto en versalita, ¡en memoria de los cientos de horas de sueño perdidas por vuestra culpa!)*  
 ...  
 Soy tu madre, no tu asistenta.» (p. 59-60).

## ACTIVIDADES

### 0.10. MESA REDONDA



- 1.—Lectura del libro. Exposición o elaboración grupal de un esquema temático del contenido del libro.
- 2.—Rueda de opiniones: oportunidad del libro, mentalidad de la autora, aspectos más controvertidos, aspectos positivos.
- 3.—Estudio y discusión de algunos de los puntos que se hayan presentado en la rueda de opiniones como más interesantes o más debatidos.
- 4.—Estudio y discusión de los temas siguientes:
  - ¿Se trata de un problema general, de un problema personal de la autora, de un problema que sólo se da en determinadas capas sociales (burguesía, etc.)?
  - Las nuevas condiciones ético-sociales para la mejora de las relaciones afectivas padres/hijos (¿son reales? ¿suficientes? ¿aceptables desde todas las mentalidades?)
  - Soluciones intradomésticas al problema: ¿cuáles podrían ser, si el grupo las cree posibles?
- 5.—Mesa redonda con algunos adolescentes, en la edad de los hijos de Ch. C. que hayan leído el libro.
- 6.—Leer y analizar las soluciones posibles al problema en págs. 153 y ss.